

CIENCIA

ANIVERSARIOS / El 12 de febrero se cumplen 200 años del nacimiento del naturalista que revolucionó la ciencia con su polémica teoría del origen de las especies / Dos grandes exposiciones recordarán su figura en el Reino Unido

2009: el año del 'padre' de la evolución

EDUARDO SUÁREZ
Corresponsal

LONDRES.- El Reino Unido celebra desde hoy el año de Darwin con honores y sin rastros de acritud. Como si la jerarquía anglicana no hubiera escupido nunca sermones incendiarios contra la selección natural y los caricaturistas de los periódicos victorianos no hubieran ridiculizado al científico retratándolo como un mono peludo e iletrado.

Si no fuera por las connotaciones religiosas, se podría decir que Charles R. Darwin (1809-1882) ha terminado por ser profeta en su tierra dos siglos después de venir al mundo en una casa solariega de Shrewsbury y 150 años después de publicar *El origen de las especies* (1859). Basta echar un vistazo si no a los fastos que diversas instituciones ultiman para 2009 y que incluyen un sello de correos, dos largometrajes, un nuevo museo, dos grandes exposiciones y diversos simposios sobre su figura.

Sin embargo, no se puede decir que el peso de los años haya convertido a Darwin en una figura exenta de polémica en el Reino Unido. En parte por el afán misionero de quienes se oponen a sus teorías y en parte por la vehemencia de algunos de sus defensores.

Es esta pugna la que ha convertido a Darwin también aquí en signo de división. La última vez cuando Michael Reiss -científico y sacerdote- dijo que las teorías creacionistas deberían explicarse en las clases de Ciencia de los institutos.

Reiss es un darwinista convencido y su intención no era cuestionar la teoría evolutiva sino contextualizarla para aquellos alumnos educados en entornos creacionistas. Sin embargo, sus palabras desataron tal clamor en la comunidad científica que Reiss tuvo que dimitir de su cargo en la Royal Society.

En el otro extremo del creacionismo, se hallan los defensores militantes de las teorías de Darwin. El más conocido, el británico Richard Dawkins, que acaudilla hoy aquí el rostro más afilado del darwinismo. Aquél que no se detiene en las fronteras de la biología y aplica las ideas de Darwin a la política, la sociología, la psicología o el arte. Conocido como *darwinismo social*, es un terreno movido estigmatizado durante décadas por sus con-



Charles Darwin (1809-2009) fue él

ULISES

mitancias con el Holocausto y la eugenesia nazi, pero recuperado hoy felizmente para la ciencia por los hallazgos de un puñado de sociólogos y genetistas.

Hace unos días, *The Economist* respaldaba en un artículo esa extensión social de las teorías de Darwin y criticaba a aquellos intelectuales que han actuado «como si la

evolución se hubiera parado en el cuello, como si la anatomía humana hubiera evolucionado genéticamente y nuestra conducta estuviera, sin embargo, determinada por

nuestra cultura». El semanario acompañaba la reprimenda con los hallazgos de darwinistas de nuevo cuño. Algunos provocadores y políticamente incorrectos. Como el estudio que demuestra que las mujeres de mediana edad cobran aún menos que los hombres porque optan conscientemente por empleos menos remunerados y que dejen más tiempo para sus hijos. O aquél que dice que la inmensa mayoría de los crímenes de nuestras sociedades los cometen jóvenes machos por dinero o por amor: es decir, por el doble motivo darwiniano de la reproducción y la supervivencia.

De la fe al agnosticismo

Asuntos que dan idea del alcance actual de la teoría evolucionista, pero que difuminan al ser humano que la creó, un hombre agnóstico, familiar y dotado de una extraña bonhomía. Adolescente borrachín y disoluto, Darwin se convirtió parajódicamente a la ciencia cuando estudiaba para cura en un seminario y no perdió la fe hasta que vio morir a su hija de tuberculosis. Su formidable trayectoria la celebran ahora sendas exposiciones en el Museo de Historia Natural y en la Biblioteca Británica. La primera es la más ambiciosa e incluye especímenes nunca vistos. La segunda aporta luz sobre la vida personal de Darwin, mostrando una colección de escritos que desde el año pasado se pueden revisar online en la página www.darwinproject.ac.uk.

Pero el plato fuerte del bicentenario será la reapertura del caserón donde el científico vivió durante 40 años. A la espera de ser declarado Patrimonio de la Humanidad, Down House conmemorará el bicentenario mostrando sus tesoros de nuevo a partir del 12 de febrero y abriendo una exposición que incluirá una recreación del camarote de Darwin en su viaje iniciático del *Beagle*.

Extras que acentuarán el aura de la casa. Un paraíso de la mitomanía científica donde uno se puede asomar a los invernaderos de orquídeas donde Darwin dio forma a su teoría, encaminarse por el sendero de arena por el que paseaba con su terrier, revisar el pupitre donde escribió *El origen de las especies* y fotografiar la habitación donde jugaba al billar con su mayordomo.

La influencia de Darwin en la cultura contemporánea, desproporcionadamente baja respecto a la importancia y veracidad de su idea, se debe en parte a problemas menores. Uno de ellos, por ejemplo, es el de la eugenesia. Se le vincula con la abominación nazi, falacia lógica a la que Michael Shermer responde en su prontuario contra la superstición, el magnífico y pedagógico *¿Por qué creemos en cosas raras?*: «Es lo mismo que responsabilizar a la imprenta de las consecuencias del *Mein Kampf*». Darwin no sólo resulta indeseable por esa asociación. Sus descubrimientos fijan las bases de la naturaleza humana, entre ellas las inexorables condiciones del pasado evolutivo que la genética, la neurociencia y disciplinas asociadas están rastreando con pleno éxito darwiniano. La existencia de una naturaleza humana es un grave inconveniente para todas aquellas utopías basadas en el convenci-

miento de que el hombre es un lienzo en blanco donde la experiencia va escribiendo sus versos: cierta izquierda combate a Darwin porque permite que la Realidad estropee la buena noticia de la Emancipación.

Problemas menores. Hay algo mucho más importante en la sorprendente falta de vigencia de la idea darwiniana: en realidad ni siquiera ha sido estrenada por grandes masas humanas, que viven al margen de la evidencia de que el hombre es producto de la evolución y guarda una relación de parentesco con todos los seres vivientes. Dennett acertó de lleno al aludir a la peligrosidad de la idea, la más trascendental que ha producido la mente hu-

mana. Es esa peligrosidad la que aún la aleja del conocimiento general. No es que Darwin proponga un mundo sin Dios. En esa propuesta han coincidido, antes y después, muchos filósofos. Lo perturbador en Darwin es que describe un mundo sin Dios. La peligrosidad: aún está por ver el aspecto y la continuidad de la sociedad humana bajo esas condiciones generales de conciencia y veracidad. Un mundo sin Dios es una hipótesis sin historia.

No sólo están las ideas. También el propio hombre debería convocar un interés y una fascinación muy considerables. ¿Cómo es posible que la vida de Darwin, y contando en esa vida épica y meditación -es decir, su des-

garro entre razón y fe y el iniciático viaje del *Beagle*- no haya despertado la atención cinematográfica, vara de medir de los iconos contemporáneos, y que haya sido preciso esperar a este año para que se anuncie *Creation*, un proyecto cinematográfico de Jon Amiel basado en *La caja de Annie*, la biografía del naturalista que escribió uno de sus descendientes? No hay duda que respecto a Marx o Freud, en parte sus contemporáneos y como él decisivos investigadores de la especie, su calado público es menos profundo.

Los aniversarios célebres tienen una cierta virtud de conciliación: pulen las aristas de los grandes hombres y su figura se adorna y envasa al gusto de la época. Esto no va a pasar con Darwin, a poco que se descorran las primeras pompas, siempre fúnebres. Su paradójica falta de vigencia es la del que anuncia una noticia insostenible, que buena parte de la Humanidad aún se resiste a leer.

El insostenible

ARCADI ESPADA